

A painting depicting a scene on the deck of a wooden sailing ship. In the foreground, a man with a white cloth blindfolded over his eyes stands looking out towards the sea. He wears a white shirt and dark trousers. To his right, another man in a brown jacket and white trousers stands looking back at him. The deck is cluttered with various items, including a large wooden barrel, a smaller barrel, and some ropes. In the background, another large sailing ship is visible on the horizon under a hazy, pinkish sky. The overall style is that of a classic oil painting.

Alberto
Vázquez-Figueroa

León
Bocanegra

En octubre de 1689, el barco de León Bocanegra encalla en las costas del desierto sahariano y él y sus hombres son hechos prisioneros por los beduinos y vendidos como esclavos... A lo largo de esta trepidante novela, el lector se sumergirá en una emocionante aventura en la que el amor y la muerte se mezclan con el trasfondo del mar como escenario de una historia inolvidable.

1

No había resultado empresa fácil rodar durante años por puertos, tabernas y prostíbulos siendo un escuálido grumete y llamándose León Bocanegra.

Le costó más de una bronca. Y es que aunque su nombre presentase todos los visos de broma de mal gusto, lo cierto es que el apellido Bocanegra era el único que a duras penas podía leerse en el manoseado libro de embarque en el que el sobrecargo lo había consignado como perteneciente a una familia de emigrantes trujillanos que viajaban de Cádiz a Portobello, y que fallecieron por culpa de una feroz epidemia de origen desconocido que a punto estuvo de acabar tanto con los pasajeros como con la dotación del *León Marino*, una desvencijada «carraca» que unía regularmente las costas de la vieja Europa con las del Nuevo Mundo.

Cuando el último de los cadáveres fue arrojado por la borda, y un berreante mocososo que aún no había cumplido el año comenzó a gatear por cubierta buscando algo que echarse a la boca, el aturdido capitán debió asumir, sin razón válida alguna, que aquel minúsculo superviviente debía ser el menor de los hermanos Bocanegra, aunque de la misma manera podía haber pertenecido a cualquier otra de las restantes familias diezmadas durante tan nefasto viaje, ya que incluso el sobrecargo, que era el único que tenía una leve idea de quién era cada cual a bordo, descansaba de igual modo en el fondo de las aguas.

En Portobello las autoridades se negaron a hacerse cargo del huérfano, alegando que debía ser devuelto a sus parientes extremeños, y como para colmo de males los vientos fueron contrarios y la travesía de regreso se prolongó más de lo previsto, cuando al fin las anclas del *León Marino* tocaron fondo en la bahía de Cádiz, la mayor parte de su tripulación se opuso a que Leoncito Cagaverde fuera enviado a Trujillo donde probablemente correría el riesgo de ser internado en un tétrico orfanato.

—Será un buen grumete —alegaron. Fue, en efecto, un buen grumete, con el tiempo un arriesgado gaviero, años más tarde un magnífico piloto, y, por último, ya convertido en León a secas, el mejor capitán que tuvo nunca una nave que se caía a pedazos, pero que aún se empeñaba en cruzar una y otra vez el «Océano Tenebroso» transportando hombres y mercancías de la vieja Europa al Nuevo Mundo.

No obstante, la malhadada noche del once de octubre de mil seiscientos ochenta y nueve, una feroz e imprevista galerna del sudoeste impidió a la vetusta «carraca» aproximarse al seguro refugio del archipiélago canario, empujándola violentamente contra las costas del desierto sahariano para acabar por encallarla —despanzurrada y crujiente— sobre las blancas arenas de una playa que no parecía tener límite ni hacia el norte, ni hacia el sur, ni mucho menos hacia el este.

El capitán León Bocanegra tuvo muy claro cuál sería su amargo destino desde el momento mismo en que los montaraces nómadas de la región se percataron de la presencia de la nave en sus dominios, por lo que de inmediato ordenó que se organizara la defensa y se acondicionaran las falúas de salvamento que no habían sufrido daños, con el fin de intentar evacuar a la mayor cantidad posible de pasajeros en cuanto amainara el temporal.

Al amanecer del segundo día un primer beduino hizo su aparición en la cima de una lejana duna, y al observar la alta y desgarrada figura del dromedario y la firmeza con que

su dueño aferraba la espingarda que mantenía cruzada sobre el antebrazo, el marino abrigó el convencimiento de que aquella imagen acabaría por convertirse en una auténtica pesadilla.

Y es que para un León Bocanegra al que la tierra firme casi siempre se mostraba hostil, aquel tórrido desierto se le antojaba la más hostil y despiadada de todas las tierras imaginables.

A la mañana siguiente eran diez los jinetes.

Impasibles.

Tan hieráticos como sí no fueran más que uno de los tantos matojos del paisaje.

Se limitaban a esperar.

Sabían muy bien que la despanzurrada embarcación jamás iría ya a parte alguna, y que pronto o tarde todo cuanto transportaba. —Incluidos seres humanos— acabaría por caer en sus manos.

Era una vieja, muy vieja tradición de su pueblo. Cuando a partir de mediados de septiembre los enormes veleros, que descendían empujados por los vientos alisios que habrían de conducirlos desde la lejana Europa a las aún más lejanas Antillas, se veían sorprendidos por una galerna de las que cada tres o cuatro años azotaban la zona llegando del sudoeste, su destino era precipitarse indefectiblemente sobre unas desoladas playas sobre las que los *rguibát* y los *delimí*, principales componentes de la «Confederación de Tribus Tekria», reinaban desde el comienzo de los siglos.

Eternos nómadas, hijos de las arenas y los vientos, ocasionales agricultores, cazadores ocasionales y también a menudo ocasionales pescadores, los naufragios y la desgracia ajena no constituían al fin y al cabo más que una parte importante del patrimonio de unos impenitentes vagabundos que mantenían siempre un ojo en el cielo del que quizá llegara la lluvia, y otro en el mar del que quizá llegara un navío.

Como la gaviota que observa desde una roca cómo el ballenato varado en la arena se dispone a exhalar su último aliento aguardando sin prisas el momento de picotearlo, así permanecían ahora los impávidos jinetes, conscientes de que no valía la pena arriesgarse a derramar una sola gota de sangre con el fin de apoderarse antes de tiempo de algo que ya sabían que les pertenecía.

El sol lucharía por ellos.

La sed les permitiría obtener una fácil victoria.

Al alba del quinto día amainó el viento, el océano dejó de batir con fuerza la arena, y las espumosas olas dieron paso a una mar rizada que permitía concebir la esperanza de que muy pronto se podrían botar las chalupas.

El capitán Bocanegra obligó a embarcar a las mujeres y los niños, seleccionando a los seis tripulantes de más edad para que intentasen conducir las frágiles embarcaciones hasta las no muy distantes islas Canarias.

—Se encuentran justo frente a nosotros —le indicó al veterano oficial que había puesto al mando de la expedición—. En un par de días arribaréis a las costas de Fuerteventura, y si los vientos son propicios volved a buscarnos.

Los beduinos observaban.

No se inmutaron cuando las lanchas salieron a la mar, ni mostraron un especial interés por ver cómo los remeros se esforzaban por abandonar la peligrosa rompiente para alejarse muy despacio hacia poniente.

Permitir que mujeres y niños escaparan parecía formar parte del juego.

A los *rguibát* y los *delimí* tan sólo les interesaban las valiosas mercancías que se ocultaban en el interior de la nave y los hombres jóvenes y fuertes.

En pleno desierto, con poca agua y comida, mujeres, ancianos y niños solían constituir una carga demasiado pesada y lo sabían.

A la caída de la tarde las dos pequeñas velas se habían perdido ya de vista, y más de cuarenta marinos sentados

sobre la tibia arena observaban cómo el sol se ocultaba en el horizonte temiendo que aquél fuera uno de los últimos atardeceres que contemplaban en su vida.

Luego, al oscurecer, el capitán León Bocanegra colocó a tres de sus mejores hombres ante los barriles de agua para advertir, muy seriamente, que quien intentara aproximarse a ellos sería apartado del grupo y abandonado de inmediato a su suerte.

—Nuestra única esperanza de salvación se limita a lo que seamos capaces de resistir hasta que vuelvan a buscarnos —puntualizó—. Y lo único que nos puede vencer, de momento, es la sed.

Sabía muy bien que las cuatro culebrinas del navío bastaban para disuadir a cualquier beduino impaciente, por lo que optó por atrincherarse en torno al desvencijado casco del viejo *León Marino* que había quedado desparramado sobre la arena, levemente tendido sobre su banda de estribor y a poco más de diez metros del punto máximo que alcanzaban ahora las olas durante la marea alta.

Por suerte, aquél era uno de los mares más ricos en pesca que pudieran soñarse y la mayor parte de los víveres de a bordo habían conseguido salvarse, por lo que no corrían peligro de pasar hambre y el principal enemigo lo constituiría, por lógica, la falta de agua.

Las islas Canarias siempre estuvieron consideradas como escala de aguada durante las travesías transoceánicas, ya que los navíos utilizaban sus puertos para abastecerse con vistas al largo viaje hasta las costas del Nuevo Mundo.

Lo normal solía ser que en Sevilla abarrotasen sus bodegas de mercancías con destino al archipiélago, trocándolas allí por verduras frescas y enormes barricas de agua que habrían de durar hasta las Antillas.

Las reservas de agua en viaje de ida hacia las islas eran por tanto muy escasas.

—Deberíamos intentar negociar con esos salvajes —aventuró una noche el primer piloto, Fermín Garabote, al

que se advertía aterrorizado por la idea de morir de sed—. Tal vez les interese darnos agua a cambio de telas, cubos, picos y palas.

—Nadie compra lo que sabe que es suyo —le hizo notar León Bocanegra—. Y dudo que nos dieran un solo trago de su agua por todos los picos y palas de este mundo.

—¿Y qué ocurrirá si nuestra gente no regresa?

—Que tendremos que entregarnos.

—¿Cree que nos matarán?

—Más bien creo que nos venderán —fue la áspera respuesta.

—¿Vendernos? —se horrorizó el pobre piloto—. ¿A quién?

—Al mejor postor, supongo.

—¿Quiere decir que nos convertirán en esclavos? —quiso saber un joven gaviero que había escuchado en respetuoso silencio.

—Probablemente.

—Yo siempre había creído que los esclavos eran siempre negros —se lamentó el muchacho.

—Por desgracia para nosotros, a estos salvajes les suele dar igual negro que blanco.

Siguieron interminables días en los que no podían hacer otra cosa que tumbarse a la sombra de la que fuera otrora la vela mayor de la «carraca», con la vista puesta en aquel azul infinito del que habría de llegar una salvación que no llegaba, preguntándose hora tras hora si las frágiles chalupas habían conseguido alcanzar las costas de las Canarias o se habrían adentrado en el gigantesco océano para perderse definitivamente.

Nunca conseguirían averiguarlo.

Abandonados en una ancha playa calcinada por el sol y barrida por el viento, cuarenta y tres hombres vieron agonizar sus esperanzas siempre bajo la atenta mirada de un cada vez más numeroso grupo de silenciosos beduinos para los que el tiempo no parecía contar, y que habiendo mon-

tado su campamento a poco más de dos millas de distancia, se limitaban a continuar con su vida cotidiana como si tan sólo estuvieran aguardando a recoger una cosecha a punto de madurar.

—¿Y si les atacáramos? —aventuró en otra ocasión un Fermín Garabote que parecía no resignarse a su destino.

—¿Con qué? ¿Con media docena de viejos pistolones? —argumentó en buena lógica el capitán Bocanegra—. Es todo lo que tenemos, sin contar unos cañones que nunca conseguiríamos hacer avanzar por ese arenal. ¡No! —negó convencido—. Nos queda una ligera oportunidad de defendernos, pero ninguna de atacar.

—¡Odio esta inactividad!

—Pues aprovéchala, puesto que a partir del momento en que nos pongan la mano encima no volverás a tener ni un minuto de descanso.

Al atardecer del noveno día un hombre que tan sólo permitía que se le vieran los ojos y exhibía en la punta de su brillante espingarda un pañuelo blanco, se aproximó montando en un camello vistosamente enjaezado.

León Bocanegra avanzó a su encuentro.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Acabar con esta espera —replicó el jinete en un aceptable castellano—. Os trataremos bien y negociaremos con los frailes vuestro rescate.

—¿Rescate? —Se asombró el español—. ¿Qué clase de rescate? Somos simples marinos y míseros emigrantes. ¿Crees que alguien pagaría un rescate por nosotros?

—Los frailes de Fez se dedican a eso.

—He oído hablar de ellos —admitió su interlocutor—. Pero ¿y si no pagan?

—Os venderemos como esclavos.

—Al menos eres sincero —admitió con un leve ademán de cabeza León Bocanegra.

—Un *rguibát* nunca miente —fue la altiva respuesta—. Mienten los europeos, mienten los moros y mienten los de-

limí, pero los *rguibát* siempre van con la verdad por delante.

El capitán del *León Marino* tardó en responder, pero al fin se volvió para señalar cuanto quedaba de lo que había sido su nave.

—¡Escucha! —dijo—. Mi barco rebosa de valiosas mercaderías que te harán muy rico. Si me das tu palabra de que nos dejarás libres, puedes quedarte con ellas. En caso contrario, las quemaré.

—¿Libres? —Se asombró el beduino—. ¡Qué estupidez! Si os dejas libres os apresará otra tribu que obtendrá a cambio armas y municiones con las que combatirnos. —Hizo un ademán hacía el barco—. Y te advierto que si le prendes fuego al barco os clavaré en la arena y dejaré que el sol os seque el cerebro en una agonía lenta y terrible. ¡Piénsatelo!

Dio media vuelta y se alejó balanceándose sobre su ágil cabalgadura, dejando al español convencido de que era muy capaz de cumplir su palabra.

Su tripulación aguardaba expectante, y tras escuchar los pormenores de la entrevista, el primer oficial, Diego Cabrera, un malagueño ceceante de nariz torcida y dientes de tiburón, inquirió como si una vez más aguardara sus órdenes:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Eso es algo que debemos decidir de mutuo acuerdo —les hizo notar—. Ya no puedo tomar decisiones como cuando navegábamos, puesto que no tengo barco que mandar.

—Pero sigues siendo el capitán.

—¿Capitán de mar en el desierto? —se escandalizó su interlocutor—. ¡No me hagas reír! Mi obligación era mantener la nave a flote, y desde el momento en que permití que se perdiera, perdí mi autoridad.

—Nadie tuvo la culpa de que se presentara tan de improviso esa galerna.

—¡Naturalmente que no! Pero cometimos un error al navegar tan cerca de la costa. Habíamos convertido la singla-

dura en una mera rutina, y de eso si que me siento culpable.

—Todos lo somos.

—A bordo tan sólo existe un responsable: el capitán. — Se volvió a los rostros que le observaban ansiosos—. Me gustaría saber vuestra opinión... ¿Le prendemos fuego al barco, o no se lo prendemos?

—¿Y qué importancia tiene que toda esa chatarra aproveche o no a unos salvajes? —protestó Fermín Garabote—. Mientras hay vida, hay esperanza.

—¿De verdad imaginas que algún fraile pagará un solo doblón por nosotros? —intervino en un tono levemente despectivo Diego Cabrera—. Se rescata a los ricos y a los nobles; no a los marinos que no tienen donde caerse muertos.

—Siempre nos queda la posibilidad de escapar.

—¿Escapar? ¿Adónde?

León Bocanegra alzó la mano pidiendo calma.

—No nos precipitemos —señaló—. Aún podemos resistir unos cuantos días. —Sonrió con amargura—. ¡Y tal vez llueva!

Llovió en efecto la tercera noche, pero fue aquélla una lluvia tan miserable y parca —cuatro gotas que apenas bastaron para humedecer los labios— que más que esperanza lo que aportó fue la certeza de que no había esperanzas, puesto que aquel desierto seguiría siendo «la tierra que sólo sirve para cruzarla» durante los próximos cinco mil años, y nadie que no hubiese nacido y se hubiese criado en él conseguiría sobrevivir jamás hiciese lo que hiciese.

Como si el destino se complaciera en contribuir a desmoralizarlos más aún, una blanca vela hizo su aparición sobre la línea del horizonte para mantenerse allí durante horas y alejarse luego hacia el sur sin prestar la más mínima atención a sus gritos y aspavientos.

La libertad se iba con ella y lo sabían.

Más tarde el océano, el amado océano, el tan conocido océano sobre el que la mayoría habían pasado gran parte de sus vidas, se enfureció de nuevo, precipitándose con violencia contra la playa, silbando y rugiendo como si les gritara su adiós definitivo, seguro como estaba de que en cuanto se adentraran en aquel tórrido arenal, jamás volvería a verlos.

—¿Quién sabe rezar?

Únicamente seis hombres alzaron la mano.

León Bocanegra los observó uno por uno.

—Mejor será que nos enseñéis a hacerlo porque me temo que de aquí en adelante vamos a necesitar que el Señor nos preste mucha atención —musitó—. La fe en Dios y la confianza en nuestras propias fuerzas será cuanto tengamos a partir de este instante.

—¿Qué nos ocurrirá? —quiso saber un tímido catalán que había vendido cuanto tenía con el fin de conseguir un pasaje que le permitiera llegar a la tierra prometida aunque fuera en el más miserable de los barcos—. ¿Son tan salvajes como cuentan?

Emeterio Padrón, un serviola canario que no llevaba más de un año a bordo, pero que en el transcurso de ese tiempo se había ganado justa fama de ser bastante avaro en el uso de las palabras, pareció decidirse a hablar por primera vez desde que la galerna hiciera su aparición en el horizonte, para replicar roncamente:

—Hasta hace unos años los moros solían atacar Fuerteventura y Lanzarote llevándose a cuantos encontraban en su camino, y se sabe de familias enteras de las que jamás regresó ni uno solo de sus miembros. Hay quien asegura que en las noches de media luna los sacrificaban arrancándoles el corazón para ofrecérselo a Mahoma.

—¡Eso es mentira! —le interrumpió con acritud Diego Cabrera—. El islam prohíbe tajantemente los sacrificios humanos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —fue la seca respuesta del malagueño, pero al poco añadió—: Mi abuelo era musulmán.

—Muy callado te lo tenías. —Tan callado como la mayoría de los que estamos aquí, porque me juego una oreja a que por las venas de todos corre alguna gota de sangre mora. Y si no es así, levante la mano el que pueda presumir de diez generaciones de cristianos viejos.

Nadie lo hizo, puesto que la mayoría de ellos ni tan siquiera sabían a ciencia cierta quién había sido su padre, y al poco se llegó a la conclusión de que se veían en la obligación de aceptar que cualquier destino era preferible a morir de sed en una asquerosa playa.

A la mañana siguiente León Bocanegra avanzó hasta el pie de la duna, a la que acudió a recibirle el altivo jinete.

—Danos agua y mañana nos entregaremos —dijo.

El beduino señaló un punto hacia al sur en el que se distinguían un grupo de oscuras rocas.

—Allí encontraréis el agua —replicó—. Apartaos del barco y mañana iremos a buscaros.

—¿No habrá muertes?

—¿De qué sirven los muertos? —fue la franca respuesta—. Nadie paga por ellos. —Se diría que sonreía bajo el oscuro velo que ocultaba su rostro—. Tienes mi palabra —concluyó—. Palabra de *rguibát*.

Golpeó con el pie descalzo el cuello de su montura y se alejó hacia su campamento mientras León Bocanegra regresaba sobre sus pasos precedido por el amargo sabor que habría de acompañarle durante cuanto le quedaba de existencia, puesto que era lo suficientemente inteligente como para comprender que desde el momento en que se internaran en el inmenso continente todo habría terminado.

Resultó inútil intentar disimular su amargura, por lo que su negro estado de ánimo se contagió a la totalidad de unos hombres que, echándose al hombro sus escasísimas pertenencias, le siguieron en triste procesión hasta las oscuras rocas en las que les aguardaban varios odres de piel

de cabras que rezumaban un agua caliente, sucia y apestosa que apenas bastaba para calmar la sed.

—¿Es éste el precio de nuestra libertad? —quiso saber el catalán que a punto estuvo de vomitar en el momento de beberla—. ¿Esta porquería?

—Esa *porquería* es la línea que separa la vida de la muerte —le hizo notar Bocanegra—. No nos están ofreciendo libertad a cambio de agua, sino libertad a cambio de vida.

—Pues no pienso aceptarlo —replicó el muchacho con sorprendente calma—. He trabajado como una mula desde que tengo uso de razón con la esperanza de conseguir un destino mejor al otro lado del océano, y no me conformo con ser un esclavo por el resto de mis días. —Hizo un leve ademán de despedida—. ¡Suerte a todos!

Se encaminó muy despacio hacia la orilla, se despojó de la ropa que dobló y colocó con exquisito cuidado sobre una piedra y se lanzó de cabeza contra la primera ola, para emerger al poco e internarse en el mar nadando sin esfuerzo aparente.

—¿Es que se ha vuelto loco? —inquirió una voz anónima.

—Quizá sea el único cuerdo —le respondieron de igual modo—. Y quizá muy pronto añoremos un mar en el que poder ahogarnos en paz.

Observaron en respetuoso silencio cómo el decidido nadador se iba convirtiendo en un punto que aparecía y desaparecía entre el oleaje, hasta que alzó una mano que agito como si pretendiera dar su postrer adiós al mundo antes de perderse de vista bajo las aguas.

—¡Uno! —masculló roncamente Emeterio Padrón.

—¿Qué pretendes, carallo? —le espetó con acritud el primer timonel, que era un portugués huraño y a menudo camorrista—. ¿Desde cuándo te dedicas a contar muertos?

—Desde que hay muertos que contar —fue la agria respuesta—. Siento curiosidad por saber cuántos de nosotros

seguirán en pie dentro de un año.

—¡Vete al infierno!

El canario hizo un amplio ademán indicando cuanto les rodeaba.

—¿Acaso no hemos desembarcado ya en él? —quiso saber.

A punto estuvieron de llegar a las manos, y si no lo hicieron se debió al respeto que aún imponía la presencia de su capitán, quien mediando entre ambos los separó con suave firmeza.

—¡Calma! —suplicó—. Nos aguardan tiempos en los que nuestra única esperanza de salvación estriba en la unión y la camaradería. La suerte ha querido que estemos juntos en esto, y juntos debemos seguir hasta el último aliento.

—Sólo existe una forma de conseguirlo —intervino el primer oficial, Diego Cabrera.

—¿Y es?

—Que continuemos considerándonos una tripulación y sigas siendo el capitán.

—¿Una tripulación y un capitán sin barco? —inquirió su interlocutor con una irónica sonrisa.

—He conocido muchos magníficos barcos que no tenían ni una cosa ni otra —sentenció el malagueño—. Pero tú siempre has sido bueno mandando y nosotros obedeciendo. —Agitó la cabeza en un gesto que pretendía recalcar la magnitud de su convencimiento—. Más vale que continuemos así, o acabaremos por naufragar de nuevo en estas sucias arenas.

León Bocanegra se volvió a observar al desmoralizado grupo de hombres que en su mayor parte había tomado asiento sobre las rocas.

—¿Qué opináis? —quiso saber.

—Que tiene razón —fue la desabrida respuesta con que pareció quedar zanjado el tema, ya que la atención de la mayoría de los presentes se había concentrado en el punto,